

Fragilidad humana, dolor y responsabilidad moral

Pablo Concha, S.J.

Ante tanto sufrimiento como el que observamos, este artículo quisiera intentar una mirada que desentrañe algo del sentido que el dolor humano nos oculta: ¿qué de bueno puede salir de tanta pena?

Es necesario primero distinguir los dos grandes bloques que caracterizan al dolor humano. Por una parte está el sufrimiento quieto e inevitable, ese que es parte de la vida; el que nos cuenta de nuestro deterioro físico y, por esto, nos recuerda que algún día nos llegará la muerte. Por otra parte, está el sufrimiento violento y agresivo, el que es reflejo de la venganza, la violencia y toda clase de justificación mentirosa. Este difícilmente resiste más juicio que la duda respecto a la legitimidad de las razones que invoca para su ocurrencia.

El primero, sin embargo, por su radical humanidad, nos permite tomar contacto con el secreto mejor guardado de la historia humana: que el dolor tiene sentido o, mejor aún, que la fragilidad humana, al quedar expuesta a través del paso del dolor, anuncia que la humanidad no es sólo pena, sino un proyecto de mayor y mejor humanidad. ¿Cómo es esto? Se trata de que, a la hora del dolor, la consideración más importante no está en el que sufre, sino en el círculo que conforman los que lo contienen; a saber, los que lo sanan, cuidan y reconstituyen. Aquellos que no podrán evitar verse tocados por los cuestionamientos que emanan del que sufre. Contradictorio, sí, pero no un absurdo. Porque aunque en el dolor el que sufre es propiamente el doliente y no su entorno, sólo la presencia de los otros constituye el espacio y la compañía que hacen posible que viva esta experiencia.

EL DOLOR Y LOS OTROS

Gritar y padecer no requieren de la compañía ni del sostén de nadie. Pero dolerse como un ser humano, sí. Y es que son los otros los que permiten encontrarse con la propia fragilidad porque nos hacen capaces de estar de pie; volcar la vista al propio corazón; caer cuando falten las fuerzas y volver a levantar-

nos. Sin la presencia de los que nos aman, dolerse sería un acto inhumano e imposible, al no constituir más que el mero retumbar, sordo y delirante, de los ecos amenazantes de la muerte. Jesús, el Señor Jesús, lo dio

todo en la Cruz, ante la presencia de su Padre que cuidaba de Él. Se sintió solo y abandonado, pero siempre supo por qué sufría. Evidentemente, el sentido no disminuyó ni los efectos del dolor ni la pena de sufrirlo.

Lo que pretendo es sostener que el sentido es, a la vez, la razón de la pena y lo que nos hace capaces de sufrirla. Además, el recurrir a Jesús nos permite no olvidar que el sentido es mayor que el dolor y que éste siempre viene desde fuera. ¿Niego, entonces, la existencia de un dolor carente de justificación? Absolutamente. El dolor siempre tiene un sentido, porque aún siendo experiencia de la desnudez y la fragilidad humana es promesa de un bien mayor. El punto está, como en todo lo humano, en reconocer que el ser del individuo no es simplemente aquello expresado en los límites de la corporalidad, sino el encuentro de cada sujeto con aquellos que lo constituyen persona. Ahí hay siempre sentido porque hay siempre una posibilidad para acoger, acompañar y hacernos más hermanos.

Y esto, aun en el caso de psicopatologías radicalmente endógenas, es decir, aquellos casos en que los dolientes generan en ellos mismos la causal de su dolor. La pregunta por el sentido de ese dolor debe ser hecha, también, al entorno que lo contiene y hace capaz de vivir y no meramente al sujeto que padece la enfermedad, porque en el entorno de un doliente se encuentran siempre y de manera sorprendente, los rastros de sentido que nos hablan del significado humanizador del dolor. La persona acontece al interior de una red de relaciones. Y, en el dolor, esta red deja de manifiesto toda su verdad. Estamos constituidos a partir de relaciones, sin duda, pero, propiamente, se trata de una red de relaciones de dependencia. Somos

seres frágiles y necesitados. Soy persona porque hay alguien que me aconseja y cura; alguien que me cuida y protege. De hecho, no es posible ser persona sin una apropiada red de contención. La obligación moral primordial, por tanto, es el ejercicio de la mutua contención, en toda su multiplicidad.

Ahora bien, si el dolor, como experiencia límite, nos recuerda la constitución radicalmente frágil de la persona humana... hay que afirmar que toda persona tiene derecho a ser cuidada, sanada, escuchada y acompañada. El dolor hace inevitable considerar que toda persona es frágil y requiere de la escucha que la hará capaz de comunicar lo suyo. El doliente es, antes que nada, relato de lo humano en su más esencial expresión. Como un bailarín consumado, el doliente expresa, con su cuerpo, la historia de todos los hombres. Por eso es imperativo que al acompañarlo no ahogemos su capacidad de comunicar.

HISTORIA CONTENIDA EN EL DOLOR

Debemos estar seguros de que, aún balbuciente, pueda una persona contarnos la historia contenida en su dolor. Siempre se trata del dolor de nuestro padre, amigo, hermano... Siempre se trata de una historia que debemos escuchar, porque es parte de nuestra propia historia. Algunos criterios éticos fundamentales en relación con el doliente, derivados de estas consideraciones, serán los siguientes:

- El doliente nunca, y en ningún grado, puede pasar de ser persona enferma a mero objeto terapéutico.
- A mayor dificultad de comunicación, es más imperativo que alguien competente le sirva de puente con su entorno. En particular, con el medio de los médicos y enfermeras que suele ser el más desconocido y atemorizante.
- Su derecho a conocer la verdad de su situación debe compaginarse con su capacidad para entender las posibles soluciones a su estado.
- El dolor de los más pobres nos sitúa ante las dimensiones estructurales del dolor de los individuos de nuestra sociedad. Hay dolores que son causados por el modo como tratamos al medio ambiente, el modo como entendemos el éxito o por nuestra urgencia de enriquecernos lo antes posible. Ante esto, la red de contención creada en torno a un doliente generará siempre la dinámica inversa. Aún en el caso de un doliente en estado vegetativo persistente, es decir, una persona inconsciente por un periodo largo e indeterminado de tiempo, los que están con él se



El niño enfermo, Gabriel Metsu

Somos seres frágiles y necesitados. Soy persona porque hay alguien que me aconseja y cura; alguien que me cuida y protege. De hecho, no es posible ser persona sin una apropiada red de contención.

dejan hermanar en la solidaridad que surge de la necesidad. Cuando nadie tiene lo que es necesario, como en las catástrofes, todos se dan desde su pobreza, necesidad y dependencia mutua.

- Nunca es legítimo el dolor por el dolor, ni buscamos darle una justificación del tipo consecuencialista. Nuestro interés es insistir en la condición frágil del hombre como legítimo fundamento de la moralidad personal y comunitaria, porque ahí, particularmente a través de la clave interpretativa del dolor, es posible proponer la solidaridad como el imperativo ético esencial para la supervivencia de los hombres.

En otras palabras, o nos hacemos cargo los unos de los dolores de los otros o corremos el serio riesgo de morir de pena por el peso de un dolor que nos aparecerá como un total sin-sentido. ■